Lo que viene después, lo saben los hospitales y las cárceles, y lo dicen los crímenes y las degradaciones.

Así andan hoy por el mundo civilizado la ley, que debe ser el mandato de la moral; la ciencia, que debe ser el camino de la verdad, y el arte, que debe ser la expresión verdadera de la belleza.

¿Y qué son?

Son tres cómplices del mismo delito.

CONTRASTE

—

No es posible meter la mano en el hondo abismo de la historia presente sin sacar enredada entre los dedos alguna desventura.

Por cualquier parte que se registre estos dichosos días en que vivimos, encuentra nuestro ánimo algo en que entretenerse, sin duda alguna; pero á la vez mucho con que afligirse.

Se puede decir que la amenidad en que se solaza nuestra vida no puede ser más desastrosa.

Y en verdad que acabaríamos por entregarnos á la manía de las aflicciones, si la poderosa mano que nos empuja hacia la oscuridad del horizonte que nos rodea, nos permitiera detenernos; pero es el caso que somos felices, precisamente porque no tenemos tiempo para ser desgraciados.

Por particularísima combinación de las cosas,

nuestra ventura nace principalmente de la misma prisa que llevamos; no nos afligimos, porque no podemos detenernos, y resulta que en medio de la felicidad y de las virtudes que hemos conquistado, no nos es lícito afligirnos.

Indudablemente no seríamos tan dichosos si anduviéramos más despacio; pero, he aquí la dificultad: la reflexión nos haría serios, y la seriedad es casi la tristeza.

Digámoslo sencillamente: los hombres graves pesan demasiado para que puedan andar tan de prisa.

Acaso nos sea permitido presumir que estamos próximos á un gran naufragio, al ver la precipitación con que nos apresuramos á echar al mar todo el lastre.

Indudablemente bastaría reflexionar un poco para afligirse mucho, pero eso sería detenerse, y la voz del siglo nos grita por todas partes: «Adelante.»

Á pesar de nuestra algazara, y acaso por ella misma, parecemos fugitivos. ¿Quién nos persigue? ¡Quién! ¡Santo Dios! Nosotros mismos.

Así se comprende la velocidad con que marchamos; así se explica el ímpetu de la carrera que hemos emprendido.

Nuestra curiosidad, impaciente como nuestro paso, devora los sucesos sin detenerse en ellos, y pasa arrogantemente por encima de todas las desdichas, olvidándolas desde el momento mismo en que las devora.

Por raro contraste que no es del caso examinar ahora, en estos días en que todo se hace por vivir y todo se sacrifica al empeño de ir viviendo, el suicidio se repite y se multiplica, como si en último término fuese la solución definitiva de la gran dicha que alcanzamos. Quiere decir que hasta la muerte, en su forma más lúgubre, contribuye á hacernos dichosos.

Hay ideas tan modernas, tan verdaderamente nuevas, que casi no tienen todavía expresión adecuada á su sentido en el lenguaje de las gentes. Todavía no ha encontrado la felicidad que nos inunda el nombre propio de ese recurso que nos facilita la manera de no dejar de ser felices.

Le hemos impuesto á nuestra vida la obligación de hacernos dichosos, y la tenemos amenazada siempre con el castigo de suprimirla.

¿Qué nombre darle á esta pena que el hombre impone á su propia vida? ¿Suicidio? No. Ese es el nombre antiguo, que, en resumen, sólo expresa la acción material del hecho. Más bien debemos llamarle satisfacción, cuenta que nos pedimos de la vida á nosotros mismos, porque ¡cuán descansados deben quedar los que se matan!

Todo es ya causa de suicidio: un amor desgraciado, una esperanza desvanecida, un apetito no satisfecho, la pobreza inesperada, la opulencia inagotable, el fastidio, hasta el honor mismo, arma con frecuencia la mano del suicida.

¡Qué! ¿aquella cara de rosa con dos ojos como

dos soles, que en honor de la verdad no ha contraído obligación ninguna de adorarme, se permite la libertad de hacer á otro objeto particular de sus preferencias? Pues bien; ya nos veremos: aquí está la ventana de mi cuarto suspendida sobre la calle á una altura de veinte metros, que está diciendo: tírate de cabeza y serás dichoso.

¡Cómo! ¿aquella perspectiva que sonreía, llamándome á la cumbre de todos los honores y al goce de todas las satisfacciones del amor propio, me ha vuelto la espalda para sonreir con sus locas complacencias al primero que se la ha puesto delante? No, no es posible someterse á tan duro desengaño. ¿Acaso está tan léjos la casa en que habito del viaducto de la calle de Segovia, que he de resignarme á seguir viviendo?

¡Diablo! ¿Aquella fortuna que me inspiraba poniendo en mis manos los secretos favorables de los dados y de los naipes, es la misma que ahora se complace en arrojar al viento mis ganancias? ¿Por qué la bola de la *ruleta* no ha de continuar parándose en los números que yo elijo? Cebado por las condescendencias de la suerte, lo he jugado todo, y he perdido lo mío y lo ajeno. Verdaderamente, nada tendría que hacer contra mi desgracia, si ese revólver silencioso no me mirara con la boca abierta, diciéndome: «Mátate.»

¡Demonio! Esto se va haciendo demasiado fuerte; el trabajo es una carga demasiado pesada: ¿y para qué sirve? Para mal vivir. Los *hoteles* se multiplican, los coches se acumulan, el lujo cunde, los placeres se reproducen en sucesión incansable, y yo apenas tengo sobre qué caerme muerto. Todos gozan, y yo apenas vivo. ¿Sí? Pues no he de ser por más tiempo testigo de un festín en que no tengo cubierto. ¡Oh, próvida naturaleza! ¿Para qué tienden los árboles sus retorcidas ramas, sino para que los hombres se cuelguen de ellas? Yo mismo arrojaré mañana en medio de la fiesta del mundo la sombra de mi cadáver: la muerte acusará á la vida.

¡Phs! ¡Qué fastidio!; más bien, ¡qué impertinencia! Parece que se han dado en mí cita todas las herencias del mundo: no se muere ya nadie sin que me deje algo. Mis negocios marchan conducidos por una prosperidad insoportable; puedo decir que la satisfacción me angustia, y que la fortuna me ahoga. Hay veces que pienso si habré yo sobornado á la suerte. ¡Desdichado de mí! Se convierte en oro todo lo que toco. El oro está en el fondo de todas las cosas que me rodean. En el fondo del amor que solicito, me parece que suena un bolsillo; en el fondo de la amistad que busco, me parece que oigo ruído de monedas. Los afectos que me cercan se ofrecen á mis ojos con las manos tendidas, como quien pide dinero. Le he dado una vuelta al mundo, he agotado todos los placeres que se compran, he apurado todas las satisfacciones que se alquilan. Á mi alrededor todo me lisonjea; las mujeres se disputan mis galanterías, los hombres mis saludos; todo se inclina á mi paso; juraría que al

verme se dicen unos á otros al oído: «Por ahí van quinientos millones de libras, de duros ó de francos.» Dentro de mí me encuentro sólo, y me pregunto: ¿Soy yo un saco de dinero ó un hombre?

La soledad en que dentro de mí mismo vivo, me consume; el fastidio que yo mismo me proporciono, me devora, y sería el ser más desventuradamente dichoso que pisa la tierra, si unas cuantas gotas de láudano no tuviesen virtud bastante para cerrar definitivamente estos ojos que ya todo lo han visto.

¡Ah!.... Yo soy banquero; mis operaciones han fracasado: echo la cuenta, y de la noche á la mañana encuentro que el activo se ha convertido en pasivo, que el *haber* ha pasado á ser *debe*. Estoy arruinado. ¿Cómo pagar la desastrosa deuda que se presenta ante mis ojos? ¡Quién sabe! Poco á poco, trabajando.... sí; pero ¿y mi honor? ¿Cómo declaro yo á la faz del mundo, sin avergonzarme, que soy desgraciado? ¿Por ventura no tengo á la mano una navaja de afeitar con que degollarme? Y, dicho y hecho, en nombre del honor se degüella.

Yo pregunto: si un comerciante, digámoslo así, honrado, encuentra en el suicidio un medio de saldar sus cuentas, dígaseme: ¿de qué hay que acusar al malvado que arregla el mal estado de sus negocios con la muerte de otro?

¿Qué especie de honor es ese que apela al crimen para salvarse?

¿Qué abominable divinidad es la de ese honor que se ha levantado sobre todas las virtudes y sobre

todos los deberes, que, más bárbaro que los ídolos de los pueblos salvajes, no solamente pide sacrificios humanos, sino que quiere además que la misma víctima sea el verdugo? ¿Que no solamente pide que se derrame en sus altares la sangre del cuerpo, sino que también necesita que se derrame, permítaseme decirlo así, la sangre del alma?

Ello es que el contraste que hoy nos ofrece el mundo civilizado no puede ser más vivo. Por una parte, el siglo se despepita por hacernos amable la vida, y por otra, la vida se empeña en sernos insoportable.

Hay una estadística fácil de hacer, en la cual resaltaría fuertemente el contraste que observamos. Colóquese en un lado el abundante catálogo de los adelantos del siglo, y póngase en el otro la lista interminable de los suicidios contemporáneos, y acabaremos diciendo:

Jamás la vida se ha visto más acosada por la muerte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA MEDICINA ANTE LA TISIS

La ciencia, señores, sobre todo la ciencia; porque, sea la que quiera la influencia que aún conserve la naturaleza, es lo cierto que solo posee procedimientos rutinarios, digámoslo así, por recetas caseras, por recursos puramente empíricos, sin razón, sin lógica, sin filosofía. La sabiduría de la ciencia humana no puede menos de detenerse delante de las tenacidades de la naturaleza, y arqueando la boca con profundo desdén, exclama: «¡Oh, qué ignorancia!»

Y vea V.; una de las atasquerías más trascendentales de esa vieja caprichosa, es la muerte. ¡Vieja, he dicho, cuando precisamente parece una niña mimada, entretenida en romper los juguetes que ella misma forja!

Pues bien : la ciencia , puesto que no hay otro remedio, se aviene á que la muerte sea el término de todas las cosas; pero su suficiencia no puede pasar por las horcas caudinas de que haya enfermedades incurables, y toda la medicina, como un solo hombre, se ha levantado contra las mortales exigencias de la tisis, que anda por el mundo haciendo estragos.

La Academia de Medicina ha discutido largamente ese punto final de la vida humana, y ha convenido en que , aunque por ahora se obstine en ser un padecimiento mortal, hay esperanza de que con el tiempo se descubrirá la manera de curarlo.

Ante este dato prodigioso de la ciencia, parece oportuno recomendar á todos los que se sientan más ó menos inclinados á esa enfermedad, que la aplacen por algunos años, mientras la Academia de Medicina sorprende el oculto secreto en que se esconde , y tropieza con los medicamentos que en su día han de hacer inútiles sus mortales esfuerzos, pues sería una triste gracia que los más ó menos tísicos se fuesen muriendo de pura impaciencia.

Por ahora debemos contentarnos con que la tisis se haga razonable, y mañana ó el otro se dé por vencida y nos deje vivir tranquilamente en el mundo hasta el último día de nuestra vida.

Á los enfermos afligidos actualmente por tan pertinaz dolencia debe ocultárseles el descubrimiento de tan dulce esperanza, especie de jarabe de pico con que la ciencia se propone curar las tisis futuras,

luego que la naturaleza le haya facilitado el secreto de los medicamentos.

Debe ocultárseles ese dulce remedio, porque habrá de serles muy amargo el trance de tener que morirse hoy de una enfermedad que la ciencia espera curar mañana.

Perfectamente; porque, sea como quiera, ello es que así vamos viviendo.

Pero aquí hay algo que se opone al movimiento desarrollador de todas las cosas; hay cierta pretensión reaccionaria que propende á menoscabar el derecho de la tisis á minar la vida del hombre. Hay aquí una especie de conspiración para detener los progresos naturales de una enfermedad tan propia de la naturaleza humana y de la civilización moderna, y se pretende, á título de ciencia, ponerla fuera de la ley, que en los tiempos presentes lo empuja todo á completo desarrollo por el camino del progreso.

No sé yo por qué, mirando la cuestión por el vidrio algo turbio del derecho moderno, ha de permitirse que la salud ejerza el monopolio de la vida.

Me parece á mí retrógrado, y tiránico , y hasta feudal, el empeño de combatir á unos pobres tubérculos que, engendrados en los pulmones de cualquier hombre, nacen por la fuerza legítima de su propia naturaleza, y aspiran á desenvolverse por la ley poderosa del progreso universal, mientras se permite que esos otros tubérculos, que nacen en el alma bajo la forma de pensamientos , se propa-

guen, produciendo la enfermedad moral que se llama tisis del alma, que corroe el espíritu, ni más ni menos que la otra corroe el cuerpo.

Yo pregunto lleno de curiosidad : Si el error ha de tener,—y en eso estamos,—los mismos derechos que la verdad, ¿por qué las enfermedades no han de tener las mismas prerogativas que la salud?

Y téngase en cuenta que la tisis, por lenta que sea , es siempre una manera abreviada, por medio de la que llega el hombre antes al término de su carrera.

Si el pensamiento, que lo mismo puede ser malo que ser bueno, y más fácilmente malo , es libre, ¿ por qué no han de ser igualmente libres la salud y las enfermedades ?

Agradezcamos, no obstante, á la Academia de Medicina el empeño de librar á la vida privada de los pulmones humanos del contagio con que la invaden los adelantos del siglo. Mas si en vez de reunirse la ciencia bajo la forma de unos cuantos médicos para estudiar los progresos de la tisis , se reuniese la moral, bajo cualquier forma que fuese, para discurrir la manera de evitar, no los adelantos de la dolencia , sino las causas de su desarrollo, bien pudiéramos darnos con un canto en el pecho, aun con peligro de herir nuestros pulmones.

Los vicios hacen más tísicos que la naturaleza, y las costumbres pervertidas , perdóneme la ciencia , entierran más gentes que los errores de los médicos.

Todos los adelantos de la química, mejor dicho, todos los recursos de la botica juntos, no bastan á contener los estragos de esa epidemia universal que se llama desorden de la vida.

Todos nacemos con sesenta años delante ; es el capital vitalicio con que venimos al mundo. Y bien; ¿qué puede hacer la ciencia con el que lo derrocha? ¿Es por ventura la medicina una caja de ahorros?

Precisamente la tisis es la enfermedad que sigue más de cerca al libertinaje.

Pero, ¿quién se atreve á prohibir, á impedir al vicio, el ejercicio público de los medios de propagación que ha conquistado ?

¿Quién se atreve á limpiar las calles de la abundante inmundicia de todas las mujeres que pasean su desvergüenza en medio de la multitud á título de libres ?

¿Quién se atreve á tapiar esas innumerables puertas que se abren diariamente al público para que entre la codicia y salga la ruína , la deshonra y el suicidio ?

¿Quién se atreve á contener el afán inmoderado de placeres, de lujo y de goces materiales, que llevan á la multitud de los garitos á las cárceles, de los lupanares á los hospitales, de los palacios á los cementerios, de la opulencia á la miseria, de la miseria á la deshonra, de la deshonra á la infamia?....

¿ Quién, en fin, detiene el impulso disolvente de tanto sabio como nos corrompe, de tanto ambicioso como nos soborna, de tanto libro como nos infama?

¿Quién se atreve á echar una gota de agua en el incendio de este sensualismo que nos consume?

¿Qué mas calentura que esta fiebre continua de gozar que nos devora?

¡Tisis!.... ¿Qué mas tisis que la corrupción del entendimiento, la degradación de los caracteres y la disolución de las costumbres?

No hablemos en nombre de la moral y de la decencia, por si estas cosas son ya demasiado antiguas; pero hablemos siquiera en nombre de la higiene.

Digamos que nuestra época no tiene más que un defecto, uno, uno sólo; que es poco sana.

Bueno, dejemos el espíritu....; pero ¿y el cuerpo?

En presencia de esta epidemia puramente moral de que estamos invadidos, la Academia de Medicina no ha podido mostrarse indiferente, y registra los rincones de su sabiduría buscando en la naturaleza un remedio que sólo se encuentra en la sociedad.

Pretende encontrar en la botica el específico que destruya los efectos de la corrupción moral, y pretende contener los efectos destructores de los vicios humanos con la sola virtud de las plantas medicinales.

La medicina acabará por hacerse cómplice de la enfermedad. Al indignarse contra la tisis, se irrita contra la naturaleza, á quien le atribuye la crueldad de engendrarla, y no acierta á ver que esa terrible dolencia se engendra en las costumbres y se propaga por medio de los desórdenes de la vida.

No ve más que órganos que padecen, y no distingue espíritus que se corrompen.

La medicina ante la tisis viene á ser un paño caliente ante un moribundo.

Y he aquí el movimiento natural de las compensaciones: la medicina sube en la misma proporción que la moral baja; las ciencias médicas adelantan todo lo que el sentido moral retrocede.

Con este ten con ten caminamos derechamente al hospital: nuestro único recurso es la medicina. No hay que afligirse, porque, al fin y al cabo, una botica es una esperanza.

NADA NUEVO

Es indudable que el sol aparece diariamente en el horizonte, anunciándonos la presencia más ó menos nublada de un nuevo día.

Semejante novedad, ante la que no me es permitido sorprenderme sin incurrir en la ridiculez en que caería el que, al despertarse por la mañana, se sorprendiese al saber que aquel día no era el día anterior, trae á mi memoria el recuerdo nuevo de un cuento viejo.

En cierta ocasión había un padre que tenía un hijo.

Por lo visto, el buen señor no había encontrado otra manera de ser padre, lo cual me incita á creer que en aquel tiempo no se habían inventado aún los padres de la patria, ó que el padre de ese hijo vivía escondido en las sombras de la más crasa ignorancia.

Hay que aceptar una de esas dos suposiciones: porque entre ser padre de la patria, ó ser padre de familia, es cosa averiguada y universalmente reconocida, que ser padre de la patria es mucho más cómodo que ser padre de familia.

La razón es obvia: el hombre se halla todavía, á lo menos, incapacitado de llegar á ser padre de familia por la libre elección de sus hijos, mientras que el padre de la patria es libremente elegido por los hijos de otros, resultando de procedimientos tan opuestos entre sí, que, ó la lógica no es lógica, ó ser padre de familia es tan contrario á ser padre de la patria, como son opuestas las direcciones de dos hombres que cruzan una misma calle, en la que uno va y otro viene.

En el orden natural, el hijo procede del padre, y así habrá de suceder, mientras no se reforme ese antiguo sistema de sucesión; mas en el orden político, el padre procede de los hijos, y como quiera que lo derecho debe ser lo establecido en el orden político, nos encontramos manos á boca con que la familia está del revés, como si dijésemos, boca abajo.

He aquí, pues, dos órdenes de generaciones encontradas: una que desde Adán viene de padres á hijos; otra que desde los primeros comicios va de hijos á padres.

Sin duda por esto, «y para armonizar en lo posible ambos sistemas, se han introducido en la familia parentescos políticos.»

La suegra, por ejemplo, es una madre, si no siempre elegible, frecuentemente elegida, en razón á que todo hombre en actitud de ser yerno, se halla facultado para elegirla por el medio indirecto de la hija que más le agrade.

De ahí resulta la madre política.

La diferencia entre el padre de familia y el padre de la patria, se echa de ver inmediatamente.

Consiste la diferencia en que ser padre de la patria vale tanto como cuesta ser padre de familia. Basta fijarse un poco en esta consideración cogida al vuelo: el primero es el que impone las contribuciones, y el segundo es el que las paga.

No hay, pues, que admirarse de que el joven que acaba de salir de la patria potestad, piense seriamente en ser padre de la patria mucho antes que le ocurra la idea de ser padre de familia.

Claro está que nuestro buen hombre habría intentado ser padre de cualquiera patria, antes que pensar en meterse á ser padre de sus hijos. Mas, por lo visto, el infeliz tuvo que resignarse y aceptar la paternidad, buscándola por el único método hasta entonces conocido, de poder llegar á ser padre.

Y si no se quiere ofender á aquellos tiempos, atribuyéndoles tan enorme atraso; si no se quiere conceder que la patria haya podido vivir huérfana desde que fué patria hasta hoy, se hace preciso convenir en que el padre de nuestro cuento, cuento histórico por más señas, vivió sumergido en las tinieblas de la más completa ignorancia.

Creo que he demostrado cumplidamente los dos extremos de mi *thesis*, y que han de quedar satisfechos los que piden la razón al por menor de las cosas, como si quisieran suplir así la falta de razón propia. Curiosos en este punto de tal manera, que, viendo brillar el sol en la mitad del cielo, son muy capaces de preguntar por qué razón es de día.

Demostrado, pues, el caso, el lector puede optar por cualquiera de los términos expuestos y dilucidarlos, en la firme inteligencia de que, sea el que quiera el término que elija, el resultado total será el mismo. Á saber; que el padre tenía un hijo.

Este hijo se hallaba á la sazón lejos de ser padre, á consecuencia de haberse interpuesto entre el padre y el hijo exactamente la misma distancia que había entre la aldea en que había nacido y la ciudad más próxima en que se hallaba estudiando.

Provenía esta separación de que al padre se le había metido en la cabeza la idea de que el muchacho había de llegar á ser un hombre, y aunque la madre sostenía que el chico era hombre desde que nació, no hubo tu tía, y se le empaquetó, y quieras que no quieras, se le envió á estudiar á la ciudad, que distaba de la aldea quince leguas escasas, porque aún no había por el mundo ni un kilómetro para un remedio.

La ausencia del muchacho produjo entre el padre y la madre cierto vacío, que se llenaba frecuentemente con altercados continuos, en los que se discutía el tema permanente, en que el padre sos-

tenía que el hijo debía ser hombre, y la madre el principio de que el hijo debe ser siempre hijo.

Así las cosas, que para el caso lo mismo daría que estuviesen de otra manera, llegó un día en que el estudiante recibió por conducto de cierto vecino de su padre, que había ido á la ciudad á asuntos propios, una carta primero y después un saco pequeño, cuya boca, perfectamente cosida, guardaba el más profundo silencio acerca de lo que en él se contenía.

El estudiante invirtió el orden, y abrió el saco primero y después la carta, en la que encontró un párrafo, que decía lo siguiente: «Tu madre te envía una capa nueva, que te ha hecho de una mía vieja.»

Por mucha agudeza que se conceda al ingenio humano, pocas veces se ha dicho un disparate más profundo. ¡Una capa nueva hecha de una vieja! He ahí cabalmente la índole de todo lo que nos rodea.

Como la virtud es eterna, claro está que se remonta á una época tan lejana, que no la alcanza el entendimiento humano. No hay error nuevo, puesto que los modernos no son más que desperdicios de los errores antiguos. En vano llamamos al continente de América nuevo mundo, pues la Geología atestigua que es tan antiguo como el resto de la tierra. El vapor, novedad del día, es antediluviano y pregeológico, pues debió nacer en las palpitaciones del planeta que habitamos. La electricidad, hoy tan puesta en moda, debió existir por lo menos desde el momento mismo en que la tierra fué tie-

rra. En fin, la naturaleza, por más que se rejuvenezca con todos los afeites de su interminable coquetería, es muchísimo más vieja que el hombre. Viendo amanecer decimos con alegre impaciencia: «He aquí el nuevo día,» y el nuevo día no es, en resumen, otra cosa que la reproducción de las mismas vejeces: un sol que sale como en el principio del mundo, unas nubes que existen desde que hay atmósfera, y una atmósfera que se tiende sobre la tierra antes que hubiese nubes.

¿Se nos querrá decir que el hombre moderno es un ser nuevo sobre la tierra? ¿Acaso no es el mismo de siempre? ¿No es el mismo Adán mordiendo la fruta que es causa de su perdición? ¿Qué Paraíso es el que buscamos, sino es el que hemos perdido? Si el recién nacido es un ser nuevo, la especie no puede ser más vieja; la decrepitud moral en que yace lo está diciendo á voz en grito.

Á cualquier parte que volvamos los ojos, nos encontramos con la capa nueva hecha de la vieja.

El caos no es tan moderno como parece; la torre de Babel no es de ayer mañana, y Babilonia no es una historia pasada que está muy lejos de la historia presente.

Pensando así, no he tenido inconveniente en poner á la cabeza de los presentes renglones estas dos palabras: «Nada nuevo.»

UN CAPRICHO

Los sucesos más naturales suelen ser los que nos causan más sensación, porque en el mundo acontece lo mismo que en el teatro, cosa bien natural, si se atiende á que el mundo no es al fin otra cosa que una escena más grande, donde la acción es continua y el concurso permanente.

Después de todo, el gran secreto de una obra dramática consiste principalmente en que la fábula marche presentando á la vista del espectador los sucesos más naturales, con tal que á la vez sean de todo punto imprevistos.

Quiere el público que cuanto allí suceda sea lo que forzosamente no podía menos de suceder; pero al propio tiempo exige, como condición indispensable, que eso mismo que no podía menos de suceder, le coja enteramente de nuevas.

Quiere lo inesperado, esperándolo. Ese es su capricho.